

## UNA LUZ QUE SE EXPRESA EN EL ASCENSO

Quizá, para un poeta, lo más complicado sea poder encontrar su propia voz, su propia música y su mirada original, a pesar de ese dicho popular, frecuentemente citado entre escritores, que apunta a que «todo lo que no es imitación es plagio». En esta dirección hay que señalar que, habitualmente, los primeros poemarios en la mayoría de escritores son deudores de las lecturas realizadas por ellos, que siempre responden al gusto particular, con la limitación imitadora que esto supone.

Sin embargo no ha ocurrido así en la obra de Mónica Velasco. Filóloga en el pleno sentido de la palabra –como amante del verbo, como transmisora de su música– Mónica acerca diariamente a los jóvenes a ese arte del amor a través de la belleza literaria, y también contribuye a encadenarlo en su poesía, para que el tiempo no quiebre la esperanza necesaria para el futuro de la humanidad. Ignoro si por su amplia formación o por su intensa vocación literaria, desde los primeros escritos que yo le conocí, incluidos en la antología *Femenino Plural* (2004), publicada por la Fundación Salamanca Ciudad de la Cultura, ya mostraba una escritura diferente, muy madura y también muy sensitiva, que aunaba esas características que luego se han ido acentuando en sus obras posteriores: pureza en el decir; ritmo cuidado y profundamente musical; sensibilidad luminosa en el contemplar del mundo que le rodea; belleza en el fondo y en la forma; y

comunión con los aspectos más hermosos, pequeños y palpitan-tes de la vida.

Y todos estos elementos se pulsan rebosantes de autenticidad en este libro: *Tus ojos sostienen el vuelo del pájaro*, cuyo título apunta a eso mismo, a sostener el universo y su fragilidad entre los ojos, con toda la simbología oriental y espiritual que ello conlleva, y a contribuir a su elevación con la mirada. Todas estas cualidades forman parte, antes que de la escritura, del cuerpo propio y de la propia existencia.

Hay también, en el decir de Mónica Velasco, una forma sutil de nombrar la avenencia del hombre con el universo, consciente de su participación en él, como así lo hacen las plantas o los pájaros. Así escribe, por ejemplo: «tejidos mis tobillos a la raíz del olivo, en la maraña de la tierra o los pájaros». Y lo consigue sin necesidad de explicitarlo, sin tener que decir claramente su pertenencia, sino que la sucesión de impresiones canalizadas en esa primera persona que siente su cuerpo como bosque, como pájaro, como flor, como estrella, dota a sus poemas de una profunda sensualidad y, en momentos, hasta de un erotismo sugerente, e intensamente original, en el que la amante / amada es la propia vida en cada uno de sus seres.

Señaló Berkeley en su *Tratado sobre los principios del conocimiento humano* que los objetos sensibles existen solo cuando son percibidos, que los árboles están en el jardín solo mientras haya alguien para percibirlos. Y, en esta línea, ya desde el título, Mónica Velasco parece profundizar en esta idea al poetizar la existencia de un universo que es tal, simplemente porque hay alguien que lo experimenta en su interior. De aquí que la mirada ascienda haciéndose pájaro para sostener en ella a todo lo que parece palpar fuera y, en realidad lo hace dentro: «Mirada que era de niña/ –a flote sobre el mundo– es ahora pájaro». Y es esta una manifestación del mantenimiento de la contemplación niña en la vida adulta. Baudelaire añadió, en esta misma dirección, que

el niño lo ve todo en novedad puesto que se encuentra siempre ebrio. Nada viene a ser tan parecido a aquello que es la inspiración como la alegría con que el niño absorbe la forma y el color. Así también, en la poesía de Mónica Velasco es una niña la que contiene entre las manos –y la mantiene encendida– la llama que crepita iluminando en su existencia al bosque: «Tres niñas de cuento comparten mi sueño./ Dejé dormir el bosque en llamas».

Estructurado de manera ternaria, la primera parte, titulada «Bosques», se inicia, precisamente, con el poema titulado así: «Bosque». En él se desata la característica más peculiar de la escritura de esta autora salmantina, la imagen poderosa que anuda la vista al resto de impresiones. El bosque tiene entonces sus «cabellos rojizos» y también se lanzan al aire el resto de sentidos, el «almizcle» que se combina con el «rumor sobre las copas» y «el crujido», y los animales, bestias que dejan su «piel sobre mis hojas», declara la poeta. Y es, de este modo, como sabemos, desde el inicio, que el bosque y la escritora han intercambiando sus ropajes, y también sus identidades. De manera que todo pasa dentro de quien lo siente y lo contempla y, a la vez, toda ella, la poeta, vive fuera de sí, en aquello que la hace ser partícipe del universo. El sujeto poemático modifica su naturaleza humana para poder escuchar lo que palpita en la creación que la rodea. Se estira simbólicamente, pero sin esfuerzo, para poder alcanzarlo todo. «Los cabellos, levantados/ por el polvo de la vida», dirá, avanzado el poemario, en otro texto. No casualmente el primer poema finaliza con un par de versos que ya lo resumen todo: «me curvo en la respiración,/ como los astros». «Combada hacia los astros», insiste en el segundo poema, señalando, de este modo, la necesidad del hombre de forzar su naturaleza alzada, recta, alta, soberana, segura, homínida en definitiva, falsamente cierta, para poder escuchar en lo curvo (el vientre, la matriz o el mandala), como bien muestra el taoísmo, la cualidad más verdadera de lo que es moldeable, de lo que

adopta la forma dúctil del agua, y también del recipiente que la acoge, de lo que es eterno.

Y así lo realiza el sujeto lírico de este poemario cruzado desde principio a fin por los ojos. De esta forma la carne se vuelve simbólicamente maleable para comulgar en todo momento con cada ser. Los tobillos, raíces, tejidos al aposento vegetal del olivo, al tiempo que los cabellos, cual cometas, «levantados/ por el polvo de la vida», como si la propia naturaleza humana dejara de estar presa en el cuerpo y se volviera de la condición de lo que experimenta: ubre, polen o campanas..., y todos los versos se contagian también de este deslumbrar poderoso: «Flores de cerezo anidan mi frente./ Gorriones y jilgueros en cascada/ coronan las sienes,/ me trenzan los cabellos». Esos pájaros y cabellos, contenidos en el espacio sagrado, que recuerdan a aquellas otras guirnaldas entretreídas en el cabello de la amada sanjuanista del *Cántico Espiritual*..., o a los otros, nombrados por Mateo que, contados uno a uno, no caen sin voluntad divina sobre la tierra, y que, por ello, se vuelven atributos de lo más elevado, y también de su presencia solo aparentemente imperceptible.

Lo que se contempla con sosiego y con escucha sagrada se vuelve interiormente comunicativo. «El envés de las hojas/ me habla más del amor/ que su dorso», escribe Mónica Velasco. Pero ambos lados de las hojas hablan y pregonan el milagro de lo que no se sabe decir, por sí mismo, en alto, y necesita, por ello, la mediación del clamor ajeno. Y ahí está el cuenco de la voz de Mónica para prestarle su canto. Y, así, es la naturaleza y la vocación del poeta verdadero nombrarlo. Lo dice, igualmente, el gran Raúl Zurita en su «Inscripción 390», consciente de esos nombres que escriben la vida nueva como un silbido minúsculo entre las hojas: «Déjame anunciarte entonces la nueva vida./ Vamos, escucha, no importa/ que por ahora ella sea sólo el paso/ del viento entre las hojas». Igual que el poeta chileno, también Mónica Velasco, siente «que la luz toda/ se adentra al nervio más humilde».

De la misma manera, la escritura no puede evitar mojar su tinta en esa lágrima hecha de aire, y en ella se anuncia toda la materia. Si el aire inspira, la piel se vuelve fuego, y entonces la poesía es como una garra o un colmillo, vuelta «fiera de fauces y garras», que no deja escapar ninguna fibra de la realidad, aunque al llegar la noche espere el pozo y su hondura negra. «¿Quién puede atestiguar que este temblor/ no es vibración del mundo? se pregunta, por ello, la escritora, nombrando sin saberlo la cualidad más pura de los versos, el hacer que el estremecimiento de cada cosa sea el de todo, pues todo pertenece al reino del latido. Por lo tanto, lograda la unidad antes y en el poema, la escritora no puede dejar de clamar: «Soy yo contemplación y vibro,/ hoja apenas sostenida/ de su tallo».

La segunda parte del libro, titulada «Pájaros», habla del deseo y nombra, de nuevo, la ausencia de fronteras entre quien experimenta y el contenido de su experiencia. El lector de estos poemas siente, mientras los lee, que corre peligro pues, en ellos se anulan los confines entre las palabras y la vida, y se entra en el momento de no saber, de trascender toda ciencia y lógica. Es este momento en el que uno sale del espacio protegido, y se dirige hacia un mundo más allá de lo cognoscible con la negación de los límites de la experiencia cotidiana que esto supone, algo a lo que el neurólogo Antonio Damasio ha denominado bellamente como la cualidad más conmovedora de la vida.

El aire, permitiendo el cobijo del vuelo, hace decir a la poeta: «Seré tan solo el vuelo, no las alas». Es decir, que es la naturaleza del poema y, por tanto, del poeta, realizar el acto alzado, pero no identificarse con el instrumento que facilita ese ascenso. La poesía sería, entonces, mucho más que la suma de sus palabras, sus versos o su ritmo. Pertenece al espacio de lo intangible; casi, casi, podríamos decir, que del milagro. También la distancia entre el fuego de la llama reverdece el anhelo de ser uno con la luz en el poeta. Todo el universo asciende, y la llamarada convoca la

amalgama, como señala la física cuántica, entre contemplador y contemplado.

Igual que sucediese en el guilleano «Esto: la luz en el aire,/ Y con el aire un anhelo», Mónica reclama su deseo con una palabra desnuda: ¡del aire que va al aire y es del aire!/ Llevadme en ese fuego acumulado,/ en esa antorcha que no incendia/ y abrasa pecho y soledad». Los pájaros, la llama, las alas, las nubes... Todos se transforman en señales de la identidad propia, por ello, esa conciencia de fusión –machadiana– tras la mirada: «Desde el ojo lejano en que contemplo/ tu lento bagaje, tu no ser de tristeza,/ apenas sé si eres mi mismo yo/ o si contemplo/ otro ojo que me observa». La poesía participa igualmente de esa conciencia de unidad. Y el deseo de participación en todo lo que late encuentra su cauce en la luz de los versos: «Cantar la luz del brote, de la llama/ que es todo lo que somos, lo que fuimos».

Hay en todo el libro una poética implícita que lo cruza en cada uno de sus gestos, y que se nombra rotunda en algunos poemas. Así, por ejemplo, en «Grafemas», se menciona un modo de escritura casi inconsciente, una palabra nocturna que pertenece a los sueños, dirigida, con frecuencia, por una asociación entre la contemplación cierta y el propio acto de escribir, casi automático: «Soñar el trazo desligado de la letra,/ dejar la sola palabra al azar». Más adelante, en «De dónde los pájaros», la poeta insistirá en ello: «Mi palabra ya es vuestra en vuestra noche». El poeta es, de esta manera, una especie de demiurgo que siente la llamada de su misión, un destino que señala la pertenencia y la armonía de cada cosa con el resto, y con la luz que le hace ser: «Saberlo todo así y así decirlo./ Cantar la luz del brote, de la llama/ que es todo lo que somos, lo que fuimos».

El último apartado «Especias» se inicia con unos versos de J. A. González Iglesias: «Hay algo en el amor que pertenece/ a este mundo». La poeta, en diálogo con el escritor salmantino, ratifica sus palabras, pero mira hacia dentro: «Hay algo en el amor/ que

no nos pertenece. Que es fuga». Nombra, de este modo, lo que el amor deja caer, como polen, sobre nuestras pertenencias, sin que podamos abarcarlo, controlarlo o poseerlo. «Algo como esta luz diaria/ que no es nuestra tampoco», escribe Mónica Velasco. Adopta la forma de la luz en otro cuerpo, de células como ceniza que se van repartiendo en los abrazos, en la voz que se reparte como hebra, a la manera de Quevedo: «Apenas hebra entre las hebras,/ mas hebra enamorada».

También Antonio Colinas presta sus versos a la escritora, y con ellos Mónica desvela «el secreto de los símbolos/ de la naturaleza», como defiende Colinas. Así Mónica Velasco experimenta y comunica en su poesía una dimensión profundamente corporal. Por ello, todas las emociones son expresadas por los sentidos, como si estos fueran un tamiz que dejara entrar sólo las impresiones verdaderas, aquellas con las que se participa de un universo que utiliza la materia corporal a modo de médium, humanizando en su experiencia a todos los seres: «Chirría redondeada la piedra./ Hecha de sueño crepita/ y soy aquí/ parte del mundo.

Termina, de este modo, Mónica Velasco, reconociendo, como los sabios, su «no saber», pero con la certeza de su: «No tengo respuesta a casi nada/ pero dentro de mí/ algo se conmueve y dice/ que estoy en lo cierto:/ con la mirada puesta en el lejano bosque/ y el pecho, con su llama, sobre el mundo». A las preguntas que se hace en los últimos poemas, en su rápido avanzar hacia la cascada que anuncia el final del libro, ella misma se ha contestado en el poema «La escucha», también en esta parte conclusiva del libro. Y en él hallamos lo que quizás sea su poética más clara en esta obra. Escribe la autora: «La escucha, que es de salmo, está a la espera./ La entrega, en oración. Así los trigos./ No aspiro a nada más, pues ya lo es todo./ Esa es la danza que quiero de mi vida».

El análisis en profundidad de los seis sustantivos de los dos primeros versos, las dos expresiones verbales del tercero, y el puro anhelo confiado en la esperanza firme del deseo, que es el

cuarto, daría para otro prólogo. No ofrece esta riqueza sino el que ama la palabra y la cuida con calor y entre caricias. Así es esta poeta que aquí prologamos. Hace un tiempo, en su columna en *El País*, la periodista Nuria Labari escribía sobre la importancia de fijar la mirada en los márgenes de lo acostumbrado y previsto, para poder llenar el mundo de significados y de deseos. Escribía Labari: «la pura atención sobre las cosas (sobre cualquier cosa, hasta unos mocasines) es una forma de amor capaz de iluminar». Y creo que esa manera de colocar los ojos sobre lo desapercibido se hace carne de poemas en la obra de Mónica Velasco. Esta escritora nos enseña con sus versos que hasta el más pequeño po- len, casi transparente, tiene su destino grande en el discurrir de la vida. Y la misión del poeta es señalarlo o, mejor, cantarlo, como sucede en la tonada del poeta Seamus Heaney, que nos susurra ese momento en que el canto del pájaro se acerca a la música de aquello que acontece. Así también se proclama esa melodía, verdadera y hermosa, en la poesía de Mónica Velasco.

Asunción Escribano